



Mixed emotions

Amir Hamed¹

Aquí mi trofeo de guerra, un zippo de veterano, inextinguible después de tanto olvido y trampas bobas de Vietnam. La leyenda cuenta que lo inventaron a fin de proteger al ansioso, cuando la noche es gazapera de enemigos y los nervios sólo dan para fumar. Fue lo primero que vio Alejandro Ramela, en una plataforma de tren, cuando lo comunicaron devuelto a la vida; es, junto a un par de souvenirs fragmentados, todo lo que parece haber quedado de él, salvo esto que va siendo hora de contar.

Nunca se sabe dónde empiezan, ni siquiera cuándo terminan. Podría haber comenzado en las junglas asiáticas, percutidas de napalm, o después de una derrota frente a Argentina, directo, vía satélite; o en cualquiera de los recitales de los Rolling Stones a los que asistí desde un Philco brasilero, blanco y negro. En rigor, comenzó en esa edad preinternet, en uno de esos siglos empachados de guerras, cuando los bares eran sólo blancura de tuboluxes. En uno de esos bares me esperaba Alejandro, a punto de enfilarse hacia una Chicago resonante a gangsters, a retumbar de economistas y a los acordes de Junior Wells, a la que no quería regresar sin hacerme entrega de regalos.

Aquí los tengo: una camiseta de algodón, proveniente de un recital de los Stones en Chicago o Milwaukee, junto con fragmentos de una botella de tequila comprada en el Free Shop del Kennedy.

La camiseta es sencilla y obscena como todo lo de esas momias estridentes. El frente es previsible; la misma lengua exorbitante que acompañó la música de la mejor banda de rock'n roll, la oyeran en Saigón, en Louisville o en un barrio de Treinta y Tres, donde yo mismo había zapateado el concierto a fuerza de

¹ Amir Hamed. Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Northwestern University, dirige www.henciclopedia.org.uy y es redactor en jefe de *La Guía del Mundo: el mundo visto desde el sur*. Desde 2003 compone música rock y canta. Ha publicado las novelas *Artigas Blues Band* (1994), *Troya Blanda* (1996) y *Semidiós* (2001), las colecciones de cuentos *Qué nos ponemos esta noche* (1992) y *Buenas noches, América* (2003), además de los ensayos *Orientales: Uruguay a través de su poesía Siglo XX* (1996) y *Retroescritura* (1998).



Norteña tibia, olvidándome, frente al temblequeo ceniciento de la pantalla y el escenario faraónico, de lo que siempre había optado por decirme: que la vida debía ser en todas partes más o menos la misma canción. Claro que en Treinta y Tres no hay estación de trenes secuestrando tu nena o tu vida; hay apenas una banda de blues, –cuyo guitarrista esto escribe–, y escasean los veteranos de guerra.

Alejandro me sabía malversando literatura en aulas itinerantes de la campaña, me entendía más bien amancebado, y ese fin de semana de carnaval se extrañó de mis canas tempraneras. A mi vez, pensaba encontrarlo más gordo, y dudaba si el arquetipo al que se iría acercando sería el de un artista junkie y desenfrenado o el de sigiloso lector en las babilónicas –así me dicen que son– bibliotecas de Northwestern. En realidad se lo veía igual a cuando nos dormíamos y germinábamos pesadillas en las clases de latín, con ansias de conocer mundo, aplaudir en vivo a los Stones y, mientras esperábamos la señal para embarcarnos, nos aturdíamos remojando a Virgilio y Cicerón en espinillar y componiendo canciones de a tres tonos para una banda que jamás tocó en público.

En una mesa junto al rincón, encrespado el cráneo por las aspas de un ventilador de techo que removían el aire caliente y el olor de las milanesas, se mostraba displicente, remojando en whisky su rutina de ojos perdidos (esquivando a dos morochas escotadas y parloteantes en la mesa de al lado) y nadie hubiera dicho que le habían sucedido cosas terribles. Al verme llegar, pidió uno doble para mí, antes siquiera de saludarme. Hubiera preferido abrazarlo pero, estaba visto, el saludo no podía ser demasiado efusivo. Conversábamos, sin mayor criterio, de nuestras aventuras escolares, de conciertos, de la selección nacional y, faltaba más, de libros recientes. Interrogando, porque lo remoto nos abre la imaginación o el humor, sobre si se había vuelto borderline o coach potato, en una semisonrisa respondía que, mucho peor, quisieron darle una pensión.

Insensiblemente, las caras de los parroquianos nos derivaron hacia el televisor, sin volumen, que reiteraba flashes de misión punitiva estadounidense en mitad del desierto. Intenté desviar la atención de semejante paisaje, que aunque insonoro escondía niños muertos o averiados por el hambre, improvisando una oda turbia con prodigios de la civilización norteamericana, v.g Bob Dylan, el Pontiac del treinta y nueve que tenía mi viejo, Silicon Valley o la Pepsi Diet,



Henry Miller, Mac Donalds, Allen Ginsberg, los aullidos de Janis Joplin, Henry Ford. Él, con ya varios tragos amontonados en el pincho de los tickets, retrucaba aspado que sí, claro, my dear smart ass: no alcanzaban las galaxias para almacenar los prodigiosos fanáticos que vomitaron, por ejemplo, en el recital de los Stones, sin dejar de lado la chatarra semoviente que multiplicaban allí, no sólo tecnócratas latinoamericanos sino sobre todo, repetía como si fuera un estribillo de Chuck Berry, Vietnam (era algo así como, “los hollejos de Vietnam”, y percutía con los dedos, un back beat que zamarreaba, para mi consternación, la botella de tequila). Antes de poder inquirir yo si se trataba de una canción nueva, me preguntaba si alguna vez había bombardeado una población civil o si tenía heridas de guerra.

Probé desviar la charla hacia los vasos vacíos. Alejandro iba a reclamar otro escocés pero se le habían acabado los pesos y, como era muy tarde para trocar moneda, convidé yo con unos Old Times del país. Mientras, buscando apaciguarlo, que esa camiseta era para mí una quimera sobrevenida trofeo, un vello-cino de algodón, explicité. Pero a Alejandro ya cualquier cosa lo amartillaba; pasó a informar que -como yo- algunos yanquis buscaban Eldorado en camisetas. Otro tipo había soñado con tener una y acaso finiquitarse con ella puesta, pero empezó a masticar hielo sin rebajarse a explicaciones. Intenté sonsacarle el resto con unos huevos gramajos, también de mi bolsillo, y preguntando si había seguido las eliminatorias para el mundial. La suerte ya estaba echada, de todos modos, y no había tónica capaz de alejarlo de sí mismo en una abandonada estación de tren en los confines de Chicago (Desplaines, creo que se llama), en una grumosa noche de verano, esperando el tren, acaso tan relleno de alcohol como en ese carnaval montevideano, acaso aprestándose en lo hondo para nacer de nuevo.

Yo debía estar sobrio, pero no menos mareado. Todo lo que tenía era dos camisetas, Vietnam, y una región de Illinois, y trataba de ordenarlo entre la heterodoxa concurrencia que, atronadora, trocó a las jovencitas iniciales en una especie de convención de bolos o del club de admiradores de la Reina de la Teja. Resignado a no poder derivar la charla, casi le supliqué diera magnitud y orden a su narración. Como para otras cosas, el ambiente no ayudaba, y nuestros vecinos de mesa no se privaban de percutir y desoxidar retiradas de los Nuevos Saltimbanquis, que vociferaba una radio latosa encasquetada por alguien al



mostrador, directamente, decía una voz, desde las canteras del Parque Rodó, en esta noche ideal para espectáculos al aire libre.

El famoso tren elevado de Chicago tiene una terminal con plataforma morrocotuda. Por lo visto, para Alejandro un escenario bluesero servía de punto de partida o acaso de conclusión a lo que yo ignoraba si era un teorema, una historia o una elegía estrábica. En todo caso el escenario de los Stones era como un portaaviones (su caletre, ostensiblemente, deambulaba entre perímetros desmesurados y llovía y el recital no había sido en Chicago, sino en Wisconsin). Él, aprovechando la última semana de vacaciones y movido por el ardor deportivo o la amistad, hizo mareantes conexiones en el elevado para contemplar un partido contra Argentina en la parabólica futbolera de un rioplatense microbiólogo que vivía precisamente ahí. Es decir, ni en Wisconsin ni en Vietnam.

El partido fue por el Sudamericano y se jugó en Brasil, precisó, amoscado ante mi semblante detectivesco, y la casa de aquel amigo estaba en Desplaines, donde hay esta estación con un andén tan mayúsculo. Se habrían vaciado una botella, y solo, a eso de las dos de la mañana, aguardaba el incierto tren que lo llevaría al norte de la ciudad. Uruguay había perdido y el calor era bochorno. Siendo el único aspirante a pasajero en su leit motiv, la plataforma, se echó sobre un banco, apoyó la cabeza en el bolso, y no sabe cuánto esperó. Regado por una luz caudalosa, no se imaginó posible receptor de un ataque, con nada más un bolso envasando un libro. En todo caso, no pudo saber si se durmió. Al abrir los ojos no pensó que podía haber muerto. Chispeaba un encendedor y alguien le tendía un Marlboro que no vaciló en aceptar. Entre los treinta y cinco o la cuarentena, enarbolado detrás de un bigote aparatoso, un individuo tal vez fornido pero en derrota, le sonreía, le daba fuego y se presentaba. Era Sam Meham, veterano de guerra, que le señalaba a alguien más, plegado sobre un asiento, del otro lado de la plataforma. El otro era un negro, mucho más intenso que cualquiera de los que tamborileaban detrás de nosotros y, explicaba Meham, había querido acuchillar a mi amigo.

Basta conocerlo para pensar que había recibido la noticia con la misma cara, entre incrédula y divertida, con que me lo estaba contando. En todo caso era grato recordarse con vida. Por último ya venía el tren y Meham, tras acercar su encendedor de sobreviviente en Haiphong y reportarse ex sargento recién sali-



do del hospital, lo invitaba a Cicero, a tomar unas copas; es decir, a celebrar. A pesar de su nombre, Cicero nunca fue lugar para latinistas sino para mafiosos. Siempre había querido visitar ese barrio por la paradoja del nombre, porque Frank Nitti, allí y en el blanco y negro de Los Intocables, atrincheró sus madrigueras y destilerías. Volvió a ofuscarse ni bien Smart Ass, es decir yo, imitando la voz en off de la vieja serie, recordó que las persecutorias Fords de Elliot Ness eran compradas en Montevideo. Lo cierto es que, si agregamos cierta amigueta de Alejandro stripper a cuatro dólares la hora en un bar de Cicero, todo volvía irrenunciable la oferta.

No me omitió algunos detalles como que no había strip tease, ni siquiera camareras en topless; llegamos a un bar con dos porteros mofletudos y a los que por alguna parte se les asomaba una culata. Meham señaló que eran '45 y, reconociendo un extranjero en mi amigo, le advirtió le iba a mostrar cuán desierta vivía la gente por esos rumbos. Alejandro se sonreía calibrando que ese varón melancólico era su cicerone en Cicero, su Virgilio por algunos dark-sides de la ciudad de los vientos. En el bar repleto bailaban algo de Prince o de Madonna, el yankee pidió dos bourbons y el de acá descubría una muchacha consumida y pajiza escrutándolo tenaz. Al contarle, Alejandro se reía. En el bar, en el otro bar, la pajiza también sonrió, un tanto imperfectamente: le faltaba la dentadura. Ella se disculpó: es que estaba muy aburrída.

La radio gangosa y un negro que se acercaba hacia nosotros pervirtiendo la melodía –si bien no los lyrics– nos daba un estribillo de los Stones, Mixed Emotions, después de Malevaje por Alberto Castillo y Tamboriles, tamboriles, también por el mismo intérprete. Entre hipos y buenas maneras, visteando mi regalo envasado, un parroquiano nos pedía si lo convidábamos con un trago. Destapamos, el mozo nos trajo un vaso; el negro probó el tequila, nos dijo que no era grappa. Nosotros ratificamos y volvimos al tortuoso vaho de pub en Cicero, donde se multiplican las pantallas de TV y una camiseta de Northwestern le terminaba de complicar la vida a Alejandro Ramela, nacido cerca del Parque Rodó y acaso renacido en Desplaines.

Manguerearon bourbons en la barra del Sullivan's hasta vaciarse los bolsillos de Alejandro. Si bien nunca supo que debía agregar medio litro de escocés a los que mi amigo estaba mandándose, Meham luego diría no saber cómo del



bolsito logró resistirlos. Bebedor plácido, Alejandro ya sospechaba en Meham un alcohólico bastante más acabado que el negro que, desinteresado de historietas gringas, se alejó poco antes hacia la radio, tarareando, acaso irónico, no voy en tren, voy en avión, no necesito a nadie, a nadie alrededor. Entre trago y trago, deshidratando la barra de Cicero, Alejandro computaba consecuencias y contradicciones en la historia de Meham, más alerta que yo cuando escuchaba la suya, porque mi pescuezo nunca ha estado en juego.

Meham entre los suyos era un perdedor y su vida era inenarrable; a lo largo de un fin de semana, sin embargo, se la contaría entera a mi amigo. Ya en el Sullivan's los tímpanos de Alejandro fueron siendo infiltrados por pantanos asiáticos, trampas bobas, vísceras de viejos y niños. Al ritmo de Prince o de Madonna, Alejandro se esforzaba por discernir el zumbido de millones de mosquitos, una noche en que su interlocutor fue el decimosexto en violar una adolescente amarilla, el espesor de las bolsas de plástico en que los compañeros de Meham iban regresando a casa, o de adivinar, entre la euforia de las luces del pub, el deslumbramiento del NAPALM; en fin, cosas casi tan horribles como la derrota frente a Argentina, cosas que aquí sólo se cuentan a un amigo. Oía, además, cómo el mismo héroe de aquellas infamias había forcejeado con un negro en el andén de Desplaines y arrojado un cuchillo a los rieles mientras alguien, con la cabeza desenvainada sobre un bolso, dormía sin sospechar que le estaban salvando la vida.

Alejandro, junto a los durmientes, se había convertido en princesita encantada a merced del tren de los otros mundos. Una alteza cenagosa -a juzgar por el salvador que la noche le había adjudicado- a la cual, para que se despabile de una vez, le están contando su propio cuento. Se descubrió la estrella de un drama mudo (fotograma, a su vez, de la épica crasa de Meham). Le llegaba el turno de presentarse al resurrecto del relato y anticipar cuán poco tenía para decir de él: aturdió alumnado en Northwestern University, sin alejarse mucho del campus. Detestaba ponerse a hablar de sí mismo, y más de trastos como su biografía escolar, pero eso al menos se presentó como un charco plácido dentro de la saga de sordidez que, en cada sílaba dificultosa, iba desgranando el bigotudo.

Ahora sí que Alejandro creyó estar soñando porque el otro no sólo se machacaba la frente con la mano comprimida, felicitándose de una amistad tan flamante y prestigiosa; además transmitía esa condecoración a los parroquianos y a las



dos mujeres que, tras la barra, no paraban de aturdirlo con bourbon. En la estación, viendo a mi amigo dormir tan despreocupado, Meham lo había pensado -y ahora no se lo perdonaba- un vagabundo. Todos, en aquel vaho, brindaron por el error. Yo me alegré y me serví más tequila; por fin aparecía la otra camiseta encajándose en el puzzle: Meham nunca consiguió infiltrarse en un aula de Northwestern; como a tantos otros, lo habían rechazado. Nada codiciaba más que una T-shirt, una camiseta de Northwestern que pedía en retribución, ya por haber salvado una vida, ya por haber asesinado en nombre de todo lo que es bueno y decente o, luego pensaría Alejandro, por vagabundear hambriento entre bares y hospitales. Alejandro era propietario de una de los Wild Cats, el equipo de basketball de la universidad: pensó que, con la camiseta, aquella aparición se hundiría sosegada en su madriguera. Pero cuando el narrador dejaba entrever un cauce, probablemente étlico, para su aventura, un vaso vacío nos desbandó. El negro -Erwin Cardozo, ex half derecho de la tercera de Rampla Juniors, a poco lo supimos- pedía otro traguito, maestro, y muy civil se sentaba con nosotros para prosearnos un poco de su vida.

Al mapa ya bastante disperso de la charla se le agregaban la cancha de Rampla y algunos caserones dormidos de Capurro, pero olvidado del entorno, a pura tequila, a puro purgante, Alejandro proseguía. Meham llevaba tres días sin comer y la invitación a un desayuno en Mac Donalds, al salir del Sullivan's, con un sol amarillo molestándoles la borrachera, fue el detalle que completó la catástrofe. Ahí se ganó la admiración enfermiza, el intratable afecto de Meham, a quien nadie jamás trató tan bien, desde su niñez remota con guantes de baseball y pasteles de calabaza. No pudo no llevarlo a su casa, olvidar su propia embriaguez y seguir forrándolo con comida y alcohol, teniéndole cada vez más miedo durante cada minuto de aquel kilométrico domingo.

Todo el jamón, todos los huevos, todo el pan, todas las salchichas Dubuke, que eran, entre libros, fotocopias y discos, las vituallas de mi amigo, no calmaron al huésped. Agradecía la hospitalidad hasta el estropicio y, en tanto más se irrigaba con gin, cada vez más desesperado, aclaraba lo que Erwin Cardozo temía: no era gay, que su benefactor no confundiera. Pidiéndonos cigarrillos, eructando tequila, algo descontextualizado, Cardozo afirmó que entonces ese gringo resultó, sin vueltas, puto, y yo que no; en todo caso no importaba, por favor déjenos seguir.



Al mediodía se volvió previsible que la prometida camiseta de los gatos salvajes, donde no se leía Northwestern University, no era el sueño de Meham. Tampoco se dejó caer desplomado por el último trago de gin o por la inhabitual digestión sin soltar otro detalle: la noche anterior, la del sábado, la que había terminado o empezado en la estación de Desplaines, en el hospital para veteranos, un facultativo, antes evasivo y de lentes, lo había desahuciado. Se oía la palabra cirrosis, se veían cicatrices de esquiras de mortero y de granada. Extenuado e insomne, con pujanza sólo para sostener la resaca, para el recelo, para el instinto, Alejandro se aplastaba en el sofá, mientras aquel enorme prójimo, Sam Meham, dormía sonoramente en toda su cama.

Atardece en las ventanas y Meham, sin olvidar la camiseta, la guerra, el médico, y recordando ahora una mujer negra y dos hijos que lo despreciaban, volvió al mundo, al living de la casa de Alejandro, para comerse los pocos restos. El anfitrión, pretextando la famosa privacidad que se lleva por allá y recordando que al día siguiente tenía que vérselas con un grupo de jovencitos rubiones, tempraneros y ansiosos, pidió ser dejado a solas, a fin de preparar los trabajos de la semana. Más tarde, a medianoche, Meham podría volver; en la mañana del lunes comprarían la camiseta.

En cinco horas Meham, que no conocía la zona, tenía tiempo para perderse definitivamente. Alejandro, sin embargo, no la sacó tan a precio. Tuvo que informarle dónde había un bar, y proveerlo de ocho dólares, que era lo que había en su bolsillo. También se resignó a recibir los signos de la próxima novedad: el lunes, estrenando una camiseta, Meham pensaba adelantarse a la cirrosis, a las tenaces esquiras, pensaba tener el valor al menos para eso. Solo, calibrando que a esa altura del mundo no es bizarro alojar suicidas, Alejandro sustituyó los libros por Brasil-Paraguay, también por el Sudamericano, también vía satélite. Los paraguayos presentaron suplentes para no arriesgar jugadores, precisó Erwin Cardozo y, a propósito, su propia trayectoria atlética fue clausurada un jueves, con fractura expuesta de tibia y peroné. No nos mostró las marcas, pero sí unos bolígrafos, único residuo de su último empleo en Sylvapen. Nos ofreció uno a cada uno y aseguró que funcionaban; cortésmente, lo más cortésmente posible, los rechazamos. Como para librarse de insistir, preguntó si aquel gringo, Meham, había vuelto.



El mozo, ya desempacado de su casaca mugrienta, encajaba las sillas sobre las mesas. Cuatro patas, ocho patas, doce patas de madera estirándose hacia el techo; las aspas del ventilador no se movían; afuera un canilla anunciaba El País de los domingos, y la radio, y Gardel, nos avisaba que ya no hay en el bulín aquellos lindos frasquitos y piantá de aquí, no vuelvas en tu vida. Según parece, a media noche, muy puntual, Meham, en vez de llamar por el portero eléctrico, golpeaba la puerta. Ocho dólares no podían haber pagado la borrachera que lo ensanchaba, ni siquiera las latas de cerveza que, sonriendo turbio, estiraba hacia Alejandro. Alguien más, en el bar de la esquina, se había apiadado de su encendedor de veterano. Dio algunos pormenores explicativos de la Budweiser, se sentó en alguna parte y en el monólogo emergió un revólver aguardándolo en otra parte de la ciudad. Iba a ser uno más, decía, entre los anónimos muertos que siguen muriendo en Vietnam, es decir en Orlando, Brooklyn, Chicago, o Nuevo Mexico. Sin atender detalles del lugar, algún carraspeo del mozo, el silencio de la radio, la luz del sol ansioso filtrándose en el piso y la cortina metálica, Cardozo servía tres largos tequilas, estos sí, definitivos.

Lento hasta la histeria en la madrugada afónica el soliloquio dipsómano descarrilaba de su corredera de agradecimientos; Meham carcajeaba entre gargarismos diciendo que, por una vez, le iba a ganar al tío Sam, y participó su testamento. Nadie reconocería su cadáver indocumentado; por lo tanto, después del papeleo a ser firmado la tarde siguiente, Alejandro Ramela, nacido en algún rincón de Sudamérica, podría cobrar, para siempre o por mucho tiempo, una pensión de veterano: Sam Meham comenzaba por regalarle el encendedor. Imposible interrumpir ni desviar aquel monólogo que se arrastraría, obsesivo, tartamudeante, circular como la voz de Alejandro al recordarlo. A estas alturas el sudor frío de las manos y la sequedad de la lengua eran más que el cansancio de una noche de vigilia, que toda posible piedad, que ochocientos dólares más al mes. Ni a Erwin Cardozo le cupo dudar: no era aquel gringo el que se iba a morir; en el birrete universitario, poca curiosidad por volverse a Montevideo en bolsa de plástico. En estos casos, ya se sabe, el muerto es siempre el otro.

De alguna manera, llegó la mañana. Alejandro, con dinero reciente de un cajero, pagaba otro desayuno, en otro Mac Donalds. Los párpados de tres o cuatro yankis relojeaban a un Meham exaltado y recién bañado, porque iba a entrar, por segunda y última vez, a Northwestern. Si bien mi amigo en esto era preciso,



difícil no imaginarle a Meham un revólver abultando; pero arreciaba el calor y el ex sargento había decidido bañarse, quién sabe después de cuánto, y embutirse para la ocasión en una camisa de Alejandro. Por caminos sinuosos, entre una muchedumbre de edificios indiferenciables, marcharon rumbo a la cafetería de la universidad. Es en ese edificio que venden las camisetas, pero hay otro, que Meham no debía conocer, en donde el hipotético resurrecto -quiero decir, Alejandro- tenía su oficina. Usted se portó como un criollo, decretó Cardozo; no hubo llamadas ni policías que buscasen a Meham sentado entre las mesas de plástico de la cafetería, aguardando con veinte dólares de Alejandro la apertura de la Book Store para comprar el trapo, salir del campus y, con el vuelto (compró la más barata) emborracharse una vez más.

Al menos hasta el presente, las clases en Treinta y Tres no nos obligan a carraspear tres horas desangrados por los nervios. Una antesala que quisiéramos fuera de un almuerzo apacible y no del encuentro con un hombre desamparado y ebrio, que desentona con prolijidad obsesiva de una universidad circunspecta. Ahí estaba, nomás, fumando borracho en el mediodía, y en el pecho de la camiseta lila, debajo de los bigotes, a Meham se le leía Northwestern. Meham sonreía y notificaba no haber creído que el de acá fuese a regresar; Alejandro dijo aquí estoy, pretextó ir solo para procurarse un almuerzo antes de salir y seguramente ironizó algo acerca de su destino, al robar, de la cafetería, un cuchillo de mesa, disimulable en un bolsillo, para ir a enfrentarse, al menos con el estómago lleno, al excesivo Meham y a lo que fuera.

Lo cierto es que se desmayó o, como se dice, perdió el sentido después del último sorbo de tequila, golpeando con la cabeza la botella vacía que se deshizo en el suelo y no hubo forma de recuperarla. Soy algo enclenque; Cardozo me ayudó a sacarlo a la mañana ciega y a meterlo en un taxi. Mientras el detallista ex half derecho comunicaba que a Alejandro no se le veían marcas, fue preciso recordar que no hay viaje gratis. De los bolsillos del desmayado salieron unos dólares y, antes, un encendedor plateado y con capucha; también, por suerte, las llaves. El viejo pedernal a gas todavía frotaba y daba fuego. Se leía U.S. Army: no había nombre, sólo una cifra.

Como no se recuperaba ni en la puerta de su casa, lo acarreamos al dormitorio y le dejamos los pies tapados. En la vereda, intenté regalarle, en recompensa



-Alejandro no se hubiera ofendido, sigo creyendo- la camiseta con los conciertos pero esta vez le tocó a Cardozo declinar. Me pidió, en cambio, uno con filtro y le dejé la caja de Marlboro de Alejandro, por fortuna extraviada en mi bolsillo. No me costó aceptar, esta vez, la lapicera y unos trozos de la botella que se había guardado vaya uno a saber por qué. Recuerdo que, mientras se alejaba, Erwin Cardozo tarareaba Mixed Emotions. Lo demás es previsible; al atardecer de aquel domingo volví a ver a mi amigo y terminamos cantando blues.

Ya son siglos sin saber de Alejandro. Me gustaría contarle que, no obstante la lengua de la camiseta es rosada de tan colorida, subo con ella al escenario cada vez que mi banda toca; también que las canciones con él compuestas, hace tanto, siguen encajonadas. Acabo de apropiarme del encendedor. Ayer, en un lugar impensable, encontré un bolígrafo con el que esta historia no ha sido escrita.

De Buenas noches, América (2004)